

¿Decir o no decir el truco?

Andrés Carmona Campo
Filósofo, mago y socio de ARP-SAPC

En los años 70, Uri Geller cautivó a medio mundo doblando cucharas con la mente y arreglando relojes telequinéticamente, o al menos eso decía. Años después, el mago y escéptico James Randi demostró públicamente el engaño: Uri Geller tan solo estaba usando trucos de magia para aparentar tener esos poderes. El enfrentamiento Randi-Geller no es sino un capítulo más en la historia de la guerra entre magos y farsantes que aseguran tener poderes auténticos cuando en realidad están usando trucos de magia: años antes, el mago John Nevil Maskelyne se había enfrentado a los hermanos Davenport y el gran escapista Harry Houdini al español Joaquín Argamasilla.

Cada cierto tiempo, surge algún farsante que utiliza los trucos de magia para afirmar que tiene auténticos poderes paranormales, y no faltan los magos honrados que, ante tal uso ilegítimo de su arte se deciden a desenmascararlos. El principal argumento del mago contra el farsante es en realidad la navaja de Ockham: ante dos hipótesis para explicar el mismo fenómeno, hay que elegir la más simple. Si el mago y el supuesto psíquico, médium o lo que sea son capaces de producir el mismo fenómeno, la explicación más sencilla es la del mago: hay un truco. Por eso Harry Houdini retaba a todos los espiritistas a ver si eran capaces de realizar algún efecto que él mismo no pudiera repetir utilizando trucos de magia, y por lo mismo el asombroso James Randi ofrece un millón de dólares a quien lleve a cabo un fenómeno paranormal en condiciones de laboratorio. Ni Houdini ni Randi han encontrado a nadie que supere sus retos.

La polémica surge a la hora de plantearse cómo desenmascarar a los farsantes: ¿es necesario explicar públicamente los trucos de los que se valen para aparentar tener poderes, o basta con mostrar que uno mismo es capaz de hacer lo mismo sin esos poderes (es decir, usando un truco pero sin revelarlo)? Muchos magos apuestan por la segunda opción: no es necesario explicar los trucos para desmontar a un farsante, basta con decir que hay un truco y reproducir su mismo efecto, y a partir de ahí que funcione la navaja de Ockham. Los magos viven de sus espectáculos y éstos se basan en los trucos que subyacen a sus efectos: si los trucos se generalizan entre la población, nadie tendrá interés en verles



(foto: flickr.com/photos/fishbulb1022//)

realizarlos, o eso creen ellos. Algunos escépticos no están de acuerdo: si la gente de a pie conoce los trucos, ningún impostor podrá engañarles porque si no, siempre quedará la duda de la que se aprovechan los farsantes: la mayoría de psíquicos usan trucos, pero hay un 0,01% que no. Por lo tanto, el interés general en evitar el fraude justifica desvelar los trucos de los magos.

En realidad se trata de una falsa polémica. No hay problema alguno es revelar ciertos trucos de magia. Es más, los magos pueden salir ganando con ello. Y tampoco hace falta desvelar todos los trucos de los magos: es innecesario. En el mundo actual, los trucos de los magos no son un secreto guardado con siete llaves. Son fácilmente accesibles mediante precio o gratuitamente a través de tiendas y librerías especializadas en magia, libros, DVD, páginas web, etc., e incluso hay programas televisivos donde un mago enmascarado exhibe trucos de magia con todo lujo de detalles. Por no hablar de las famosas cajas de magia para niños, auténticas puertas de acceso al mundo del ilusionismo por las que han pasado algunos de los mejores magos del mundo. Y esto es

así porque el principal truco de magia no es el truco tal cual, y eso lo saben los que dentro de la magia llegan a la categoría de genios y maestros: un juego de magia de los que provocan la ilusión mágica no depende solo de un truco más o menos habilidoso, eso casi es lo de menos, lo importante es otra cosa. Magos del montón y de pacotilla que saben hacer trucos hay muchos, pero magos buenos de los que merece la pena pagar la entrada para disfrutar de su espectáculo no hay tantos, y la diferencia está en el auténtico secreto de la magia. Y ese secreto es el enorme trabajo y esfuerzo que lleva crear un número de magia para lograr un conjunto coherente y estructurado de percepciones, emociones y cogniciones en el público a través de innumerables técnicas manuales y psicológicas debidamente manejadas con destreza, intuición y experiencia en lo alto de un escenario o alrededor de la mesa del mago de cerca. El buen mago sabe dirigir la atención del público y alterar su percepción y emociones para que experimenten el efecto mágico. Y para eso no basta una técnica manual o truco concreto, para eso hace falta mucho más. Entre otras cosas, una presentación adecuada, la creación de una atmósfera mágica que decimos los magos, en la que se sumerja el público para conseguir la suspensión de la incredulidad, y que por unos momentos, por unos instantes, el espectador viva, sienta y experimente lo imposible, lo que no puede ser. Y a eso contribuyen los trucos pero también la pose del mago, el saber estar, el *timing*, el ritmo y el *tempo*, la improvisación en el directo (porque la magia es un arte escénico del directo). Y todo esto no se puede aprender en un solo libro, DVD o vídeo de internet (de hecho, algunos de los mejores y más útiles libros de magia ¡no enseñan ni un solo truco¹. Por eso los auténticos secretos de los magos siguen a buen recaudo aunque los trucos estén fácilmente disponibles: el truco básico para realizar juegos de magia clásicos como “La Ambiciosa” o “Los aros chinos” están a un *click* de internet, pero la experiencia de ver a un Juan Tamariz o un Pepe Carrol haciéndolos es algo infinitamente distinto ¡incluso conociendo ese truco!

A veces pensamos que los magos son tan celosos a la hora de revelar sus trucos que incluso niegan que existan. ¡Ni mucho menos! Ningún mago niega que haga trucos o pretende hacernos creer que lo que hace es auténtico. Todo lo contrario: su arte es ilusión, y se basa precisamente en que el público sabe que hay un truco. Lo mágico consiste precisamente en que se olvide de eso y se deje llevar por la ilusión, y conseguirlo es el papel del mago, igual que una buena película logra que nos emocionemos y lloremos o nos asustemos aunque sabemos de sobra que estamos viendo a actores y efectos especiales.

Es más, muchas veces, los magos nos advierten descaradamente de que hay truco. Desde antiguo, los magos saben que dejar claro que hay truco e incluso enseñar alguno potencia mucho más su espectáculo. Muchas rutinas de magia están basadas en la premisa de que el mago explica (por lo menos aparentemente) el truco que va a hacer, por ejemplo, el juego de la transformación del pañuelo en huevo, o la fenomenal rutina de efectos “sándwich” con cartas de “Los reyes cazadores” en la que Juan Tamariz rompe las reglas de no decir el truco, de no repetirlo y de no avisarlo, por no hablar de su inigualable “Pañuelo roto y recompuesto” en el que aparenta que el espectador ha roto un pañuelo por no seguir sus indicaciones de cómo hacer el truco y luego

lo recompone mágicamente. Sin la conciencia en el público de que hay trucos, estos juegos de magia perderían todo su valor. Sin embargo no lo pierden, es más, lo potencian. Como decíamos, los magos lo saben desde hace mucho, pero hasta muy recientemente no se sabía por qué era así. En su libro *Los engaños de la mente*², Susana Martínez-Conde y Stephen L. Macknik han estudiado lo que la magia puede aportar a la neurociencia, y han encontrado la explicación de por qué saber trucos de magia hace que al público le guste más la magia y no menos. La clave está en las neuronas espejo. Nos dicen que estas neuronas se activan cuando vamos a realizar una acción y que también se activan cuando vemos a otra persona hacer esa misma acción, y que la activación de dichas neuronas es mayor cuanto más experto se es en realizar dicha técnica. Eso explica que la experiencia de un experto al observar a otro sea mucho más rica que la que pueda tener un profano en la materia, y eso es aplicable a un pianista cuando oye a otro, o un deportista cuando observa a otro, y también cuando alguien que sabe algo de magia presencia el espectáculo de un mago: ese conocimiento es el que le lleva a disfrutarlo mucho más que quien no sepa absolutamente nada de cómo lo hace³. Al contrario de lo que la intuición le dice a muchos magos, saber algunos trucos no hace disminuir el interés en la magia, sino que lo aumenta. Es más, me atrevería a decir, aunque no tengo los datos para demostrarlo, que la mayoría de espectadores habituales de sesiones de magia son aficionados también al ilusionismo y no *muggles*⁴.

En conclusión, ¿es necesario desvelar los trucos de los magos para desenmascarar a videntes, adivinos, psíquicos y otros farsantes que los utilizan para estafar a los demás? Depende. En principio, como decíamos más arriba, basta con reproducir el mismo efecto y dejar actuar a la navaja de Ockham. Y otras veces sí es necesario desvelar algunos trucos para demostrar que, efectivamente, esos farsantes utilizan trucos. Lo que no es necesario es desmontar todos y cada uno de los trucos de los magos, especialmente los que no utilizan los farsantes: no es necesario explicar cómo hace un mago el juego de “La cuerda rota y recompuesta” porque ningún vidente y curandero usa ese truco para demostrar sus supuestos poderes. Sin embargo, a lo mejor sí es necesario en alguna ocasión mostrar cómo pueden doblarse cucharas o leer el pensamiento para demostrar que no hacen falta poderes de ningún tipo para eso. Como en casi todo, la medida y el justo medio nos dan la clave de la virtud. Y en cuanto a los magos, no tienen nada que temer: el conocimiento de algunos de sus trucos no mengua sino que aumenta el interés por su magia. Como prueba y punto final, baste señalar la genial rutina de bolas y cubiletes de Penn y Teller con vasos ¡transparentes!: no solo se ve el truco, sino que lo explican, y aún así, la experiencia es maravillosa y maravillosamente mágica⁵.

1-Nos referimos, por ejemplo, a las dos obras maestras de Darwin Ortiz: *La buena magia* y *Diseño de milagros*, ambos editados en español por Editorial Páginas.

2-S. Martínez-Conde y S. L. Macknik (2012) *Los engaños de la mente*, Ediciones Destino, Barcelona.

3-Op. cit., pág. 333-335.

4-Muggles es como llaman en la saga de Harry Potter a quienes no son magos.

5-Enlace al juego de las bolas y cubiletes de Penn y Teller: <http://www.youtube.com/watch?v=BPvAtQYVok>